

vista cristiano, hay que vituperar su hipocresía, ó, por mejor decir, no es á los hombres á quienes se debe condenar, sino la institucion que, dando por ideal un estado contra la naturaleza, habia de conducir á una hipocresía monstruosa. Los que duden todavia no tienen sino ver cómo las órdenes monásticas practicaban la abdicacion de la propiedad.

IV.—La abdicacion de la propiedad.

De esencia del monaquismo es la abdicacion de la propiedad individual; al mismo papa, con reconocerle sus partidarios en la Edad Media un poder ilimitado y casi divino, le negaban el poder de dispensar á un monje de su voto de pobreza; y es que la posesion de los bienes terrenales como que pone al propietario bajo la dependencia del diablo, que es el príncipe de este mundo. La contradiccion que existe en este punto entre el ideal evangélico y la verdad es tan evidente, que sería ocioso insistir en ella; y así prevaleció la naturaleza sobre una ley de pretendida perfeccion que la violaba. La propiedad es la expresion de la individualidad humana; y por más que los monjes renunciáran á sus bienes, no podían renunciar á su personalidad. Ya desde el siglo XII se lamentaban los hombres más eminentes de la Iglesia de que los monjes, en vez de trabajar para su salvacion, buscaban con codicia los bienes de este mundo (1). Multitud de concilios del siglo XIII acreditan que el *vicio de propiedad* invadía todos los monasterios; declararon culpables de *idolatría* á los religiosos que poseyesen algo como propio, y agregaron á las penas espirituales penas temporales (2). Pero siempre caben acomodamientos con el cielo; los monjes descargaron su conciencia obteniendo el consentimiento de su abad: ¿no estaban obligados á obedecerle en todo? Otros se hacían asignar una cierta cantidad de dinero para su vestido y su alimento: ¿podía considerarse como una propiedad una posesion que sólo servía á las necesidades de la vida? Y hubo, en fin, quienes tomaron los bienes

(1) S. BERNARDI *Sermo in Psalm. VII*, 14, p. 844.—GUIDERTI, *abbatis Gemblacensis, Epist.* (MARTENE, *Amplissima Collectio*, tomo I, p. 917).
(2) *Concilios de Paris*, 1212, Part. II, c. 1 (MANSI, t. XXII, p. 826); *de Tours*, 1231, c. 26 (ib., t. XXIII, p. 238); *de Bourges*, 1264, c. 24 (ib., p. 697); *de Saumur*, 1253, c. 16 (ib., p. 814); *de Colonia*, 1260, c. 11 (ib., p. 1026); *de Londres*, 1263, c. 41 (ib., p. 1252); *de Bourges*, 1286, c. 9 (ib., t. XXIV, p. 637).

del monasterio á censo, con facultad de disponer libremente del sobrante: ¿no era preferible tener por censatarios á los religiosos que á los extraños? (1).

De tal modo se implantaron estas simulaciones, que ya en el siglo XV no era más que una ficcion la abdicacion de la propiedad. Un doctor de Paris escribe á un canónigo regular: "Es raro encontrar un monje que no se apropie algo; lo *mío* y lo *tuyo* resuenan en los monasterios con más frecuencia que el nombre de Jesucristo: no hay un religioso entre mil que sea fiel á su voto," (2). En los estatutos de la orden de Citeaux, de 1444, se lee que la mayor parte de los monjes estaban inficionados del vicio de propiedad (3). Y no era la avaricia el único móvil de los clérigos; si, olvidándose de su salvacion, se procuraban bienes y traficaban con ellos, era, como dice el concilio de Constanza, para vivir en las delicias y en la disolucion (4). Los celosos reformadores de la Iglesia se indignaron de esta perversion de toda regla, y escribieron tratados contra los clérigos propietarios: *Nicolas de Cusa* los llamaba demonios encarnados (5); pero los monjes habían llegado ya á no comprender los sentimientos que dieron origen á la vida monástica. Un religioso de Citeaux se atrevió á defender en el concilio de Constanza un abuso que minaba los cimientos del monaquismo: trató de probar que la apropiacion autorizada por el abad no era una propiedad (6).

Diríase que era ese el bello ideal del acomodamiento con el cielo; mas, en hecho de hipocresía, los monjes iban realmente en busca de la perfeccion. Las antiguas órdenes conservaban la propiedad comun, y de aquí era fácil pasar á la propiedad individual: testigos los canónigos, que de comunistas se convirtieron en todas partes en propietarios exclusivos. Nuevas órdenes se erigieron en el siglo XIII con la pretension de ser más perfectas que las perfectas: su ideal consistía en la abdicacion de la propiedad comun, en la pobreza

(1) *Concilios de Montpellier*, 1214, c. 18 (MANSI, t. XXII, p. 943); *de Cognac*, 1238, c. 20 (ib., t. XXIII, p. 492); *de Tours*, 1239, c. 4 (ib., p. 500); *de Laval*, 1240, c. 7 (ib., p. 553); *de Tréveris*, 1238, cánones 40, 41 (ib., p. 484).
(2) *Epistola cujusdam magistri Parisiensis ad quemdam canonicum regularem* (MARTENE, *Thesaurus*, t. I, p. 1740).
(3) *Statuta a. 1444*, art. 3 (MARTENE, *Thesaurus*, t. IV, p. 1606).
(4) *Reformatorium*, en VON DER HARDT, *Concilium Constantiense*, t. I, P. X, p. 705.
(5) ULLMANN, *Reformatoren*, t. I, p. 203.
(6) VON DER HARDT, *Concil. Constant.*, t. III, p. 120.

absoluta y la mendicidad, lo cual era ponerse fuera de las leyes de la vida, y, por decirlo así, en la imposibilidad de vivir. Para conciliar las necesidades de la existencia con la condenacion de toda propiedad, hubo que desplegar una sutileza que sería admirable si no fuera el refinamiento de la hipocresía. Los hermanos mendicantes no podían poseer nada á título de propietarios: "¿Á quién, pues, preguntaban sus adversarios, pertenecen las cosas que consumís? ¿Cómo no habeis de ser propietarios, teniendo el derecho de usar de las cosas fungibles?" *San Buenaventura* respondió que, siendo el papa omnipotente en la tierra, podía declarar que la propiedad y el uso de las cosas fungibles quedaban separadas en las órdenes mendicantes. Pero ¿cómo podían valerse los hermanos cuando querían adquirir las cosas que necesitaban? Para comprar es preciso que el dinero dado por el comprador le pertenezca, al mismo tiempo que hace su propiedad de la cosa comprada; y, sin embargo, los mendicantes pretendían no ser propietarios del uno ni de la otra: "El dinero, dice *San Buenaventura*, no es de los hermanos, sino del que se lo ha dado; y tampoco les pertenece la cosa comprada, la cual es también propiedad del donador," (1).

Hé ahí la simulacion legitimada por los jefes de la orden: ¿cuál sería la práctica del vulgo de los religiosos? El mismo *San Buenaventura* nos dice lo que había llegado á ser la abdicacion de la propiedad sesenta años despues de la institucion de los menores: "El dinero, ese enemigo mortal de nuestra orden, es pedido con tal avidez por nuestros hermanos, que los pasajeros tienen miedo de encontrárselos y huyen de ellos como de salteadores de camino. Nuestra pobreza es un horrible engaño; mendigamos como si fuéramos pobres, y nadamos en la abundancia," (2). Los poetas vituperaron, y con razon, la hipocresía de aquellas "pobres gentes llenas de bienes que, sin tener blanca, vivían mejor que los que tenían tesoros y tierras," (3).

Tanta mayor reprobacion merecia la hipocresía de las órdenes monásticas, cuanto se procuraban sus riquezas por los medios más viles. Quitaron al

(1) S. BONAVENTURA, *Apologia Pauperum* (t. VII, p. 432-424).
(2) S. BONAVENTURA, *Op.*, t. VII, p. 432, 433.
(3) JUBINAL, *Nouveau recueil de fabliaux*, t. I, p. 184, 460.

clero secular las confesiones, los testamentos y las sepulturas, para arrancar legados á los penitentes y á los moribundos. Un general de los dominicos es quien formula estas quejas (1), y *San Buenaventura* dirige el mismo reproche á los menores (2). No han calumniado, pues, los poetas á los hermanos imputándoles la captacion de los testamentos: "El que muere, dice *Rutebeuf*, sin nombrarlos legatarios pierde su alma," (3). Entre los atrevidos censores de una orden omnipotente, se distinguió *Juan de Meung* por su energia: "Dicese en muchas partes, y muchos lo creen, que no estaría tanto esta gente en provecho de las almas, si no vieran en ello su gran provecho... Si los mueve principalmente la piedad de las almas, ¿por qué no asisten por igual á pobres y á ricos? Pero ellos se cuidan de los ricos y no de los pobres," (4). Cuanto más se contrarian las tendencias legítimas de la naturaleza, más violenta es la reaccion; y por eso se distinguieron los hermanos mendicantes en medio de la codicia general de los monjes.

V.—La humildad y la caridad.

Tenían los monjes la pretension de vivir en un estado de perfeccion: ¿quiere esto decir que se fuera perfecto sólo por el hecho de ser religioso? El vulgo lo creía así; pero no era ese el sentir de los grandes doctores que ilustraron la escolástica: todos dicen que el monaquismo es únicamente un camino para llegar á la perfeccion; todos proclaman con Jesucristo que la verdadera perfeccion consiste en la caridad. Hé aquí un ideal que no reprueba la humanidad moderna; mas de cuantos medios se pueden escoger para alcanzarlo, el que menos conduce á él es el monaquismo: separado de sus semejantes y no pensando más que en su salvacion, ¿cómo había de cultivar el solitario la virtud social del desinterés y de la abnegacion? El monje sigue el camino que cree más seguro para llegar á la perfeccion, y acaba por persuadirse de que la logra, viniendo á ocupar el orgullo desmesurado el lugar de la virtud cristiana por excelencia, la humildad. ¡El

(1) HUMBERT DE ROMANIS, en 1255 (MARTENE, *Thes.*, t. IV, página 1710).
(2) "Sepulturarum ac testamentorum litigiosa ac avida quædam invasio" (S. BONAVENTURA, *Op.*, t. VII, p. 432).
(3) RUTEBEUF, *Dit des Jacobins* (t. I, p. 161).
(4) El Codicilo de J. DE MEUNG, en el *Roman de la Rose*, t. III, página 303-305.

egoísmo y el orgullo son así los frutos de ese estado contra naturaleza en el cual presumen los religiosos realizar la perfección cristiana! Y no es esta una acusación que se funde sólo en la teoría; abundan testimonios irrefragables.

Ricardo de San Víctor, el Fenelon del siglo XII, dice que la práctica de las virtudes monásticas, que tanta admiración excita en el mundo, destruye casi siempre la humildad y engendra el orgullo (1). Ahora bien, si el monaquismo alimenta el sentimiento más personal del hombre, ¿cómo habrían de tener los religiosos la caridad que se olvida, la caridad que no es sospechosa, la caridad que perdona, la virtud que San Pablo cultivó en la áspera lucha de la vida y no en la soledad? Se puede considerar a San Bernardo como el ideal del monje, y, sin embargo, no se distinguió ni por la humildad ni por la caridad: en su lucha con Abelardo dió más bien pruebas de orgullo y de odio. Al decir que faltaba al abad de Clairvaux la virtud que caracteriza a los verdaderos discípulos del Cristo, no somos más que el eco de sus contemporáneos; Pedro el Venerable le escribía: "¿Tú sigues los duros mandamientos de Jesucristo, ayunas, velas, agotas tus fuerzas a puro de maceraciones, y olvidas el fácil mandamiento de la caridad! ¡Castigas tu cuerpo, lo reduces a servidumbre, y no quieres reanimarte con el dulce bálsamo de la caridad!", (2). Y es que el ayuno es más fácil que la indulgencia; y las prácticas de la austeridad, en vez de desarrollar el sentimiento del amor, secan su fuente, porque endurecen el alma.

Si carecía un San Bernardo de la virtud cristiana por excelencia, ¿qué pasaría en el vulgo de los monjes? Tenían caridad, como todas las virtudes, en apariencia: "Se llenan la boca de fe, de paz, de concordia, dice un poeta; pero su vida atestigua que decir y hacer no son una misma cosa", (3). Hay que ver las relaciones que guardan entre sí los religiosos de las diversas órdenes para apreciar la maléfica influencia del espíritu monástico. Hé

(1) RICHARDUS DE SANCTO VICTORE. *De preparatione animi ad contemplationem*, c. xxx: "Sed scimus quia virtutum opera que ceteras virtutes nutriunt, peno semper humilitatem destruant."

(2) PETRI VENERABILIS *Epist.* VI, 4 (*Bibl. Max. Patrum*, tomo XXII, p. 942).

(3) RUTEBEUF, t. I, p. 151.—Comp. DU MÉRIL, *Poésies populaires du moyen-âge*, p. 130.

Qui vult Satanae servire,
Clausuram debet introire.

ahí las sociedades de hombres que se llaman perfectos; sin duda esos discípulos del Cristo van a practicar la virtud que el autor del Evangelio recomendaba incesantemente a los suyos. Pedro el Venerable nos dirá cómo se amaban los monjes negros y los monjes blancos: "Aunque pertenezcan a la misma familia, a la misma orden, se detestan cordialmente y se hacen una guerra a muerte. Yo he visto más de un monje negro que, al encontrar un monje blanco, se reía de él como si hubiera visto un monstruo raro, un centauro o una quimera. ¿Por qué se hallan divididos hasta este punto religiosos que tienen un mismo padre? El orgullo es quien los hace enemigos. Los monjes negros, que tienen la antigüedad de su parte, no perdonan a los blancos el haberles arrebatado el favor popular; y los blancos están ensoberbecidos de haber regenerado la orden de San Benito", (1). Sabido es el odio furioso que profesaban los Judíos a los Samaritanos; pues bien, Pedro de Celles dice que los negros y los blancos se amaban como los Judíos y los Samaritanos (2). La caridad de los negros y de los blancos llegó a ser proverbial. Gautier Mapes, el clérigo poeta del siglo XII, describe la disputa entre un monje de Cluny y otro de Clairvaux: no se perdonan las injurias; de tal manera se reprochan la falta de mansedumbre y de caridad, que el lector se ve obligado a reconocer que ambos tienen razón: a palos acabó su disputa (4).

Veamos en escena a los perfectos de los perfectos. No se les reprochará la falta de humildad, porque se llaman los humildes, los pequeños, los menores, y tienen siempre la humildad en la boca:

Para predicar humildad,

Que es camino de verdad...

Vinieron estas santas gentes a la tierra.

Pero su humildad no es más que una máscara: "Es bien justo, dice Rutebeuf, que una tan principal señora como Humildad tenga magníficos palacios y espléndidos salones", (4). Mas prescindamos de los testimonios de los poetas, para que no se nos impute el escribir un libelo: un general de los menores nos hará conocer que, bajo la apariencia de

(1) PETRI VENERABILIS, *Epist.* IV, 17 (*Bibl. Max. Patrum*, tomo XXII, p. 913, 916, 918).

(2) PETRI CELLENSIS *Epist.* VIII, 9.

(3) GAUTIER MAPES, en TH. WRIGHT, *Latin poems*, p. 237.

(4) RUTEBEUF, *Oeuvres*, t. II, p. 58, 59.

la más perfecta humildad, se ocultaba el orgullo más excesivo. Pregunta San Buenaventura si los monjes de otra orden pueden entrar en la de San Francisco: "Si, dice, porque nuestra orden es más perfecta; pero los menores no pueden cambiar de religión, porque no la hay más perfecta ni siquiera que se la iguale", (1). De aquí su desprecio hacia los demás religiosos; trataban a los monjes blancos de simples, de zafios, de semilegos, y a los monjes negros de soberbios y epicúreos: "Nadie, decían, puede salvarse sino por nosotros", (2). ¿Era porque se ocupaban de la salvación de los fieles por lo que trataban de atraerlos a su seno? Así lo decían sin duda los mandamientos del siglo XVI; pero entonces como hoy, bajo las apariencias del celo religioso, había un interés de ambición y de codicia: a oírlos, "la misa de un mendicante valía por cuatro de otro clérigo", (3); ¡guerra de mercados en el siglo XIII como en el siglo XIX!

De esta rivalidad nació una furiosa antipatía entre el clero regular y los monjes mendicantes. Los clérigos, dice San Buenaventura, nos odian más que a los Judíos (4). Reprochaban, en efecto, a los mendicantes que "sus obras no correspondían a sus palabras; que no buscaban más que el favor del pueblo y los bienes exteriores, y que sus invasiones destruían las parroquias y arruinaban la disciplina", (5). ¿Qué respondían a esto los mendicantes? Los clérigos nos odian porque conocemos sus vicios; la mayor parte de los sacerdotes están de tal modo corrompidos, que una mujer honrada tiene perder su reputación al hablarles. Avergonzados de su ignorancia, nos envidian porque agradamos más a los fieles; y temen, por último, que disminuyan sus rentas con las limosnas que se nos dan: esta es la causa principal de la aversión que nos tienen, porque están más apegados a un lucro vil que a la salvación de las almas", (6). ¿No pudiera decirse que seculares y mendicantes tenían a la par razón?

¿Se amaban a lo menos entre sí los hermanos

(1) S. BONAVENTURA, *Question. in Regulam S. Francisci*, quest. 12 et 13 (*Op.*, t. VII, p. 334).

(2) MATTHEU PARIS, ad a. 1246, p. 694.

(3) *Roman de la Rose*, el Códicilo de JUAN DE MEUNG, v. 977 (tomo III, p. 308).

(4) S. BONAVENTURA, *Apologia fratrum minorum* (t. V, página 355).

(5) J. CARTHUSIANUS, *de arte curandi vitia* (GIESELER, *Kirchengeschichte*, t. II, p. 4, § 141, nota h).

(6) S. BONAVENTURA, *Op.*, t. VII, p. 330, 341, 343.

menores? Se amaban como se aman los mendigos, haciéndose una guerra de pordioseros (1). Los dominicos decían: "Nosotros somos los primeros; llevamos un hábito más honesto, y predicamos la palabra de Dios.", Los menores respondían: "Nuestra vida es más austera y más humilde, y, por consiguiente, más santa.", Los hermanos predicadores replicaban: "Es cierto que lleváis los pies desnudos y vais mal vestidos y ceñidos de cuerdas; pero no os está prohibido, como a nosotros, comer carne y regalaros", (2). Los franciscanos y los dominicos se arrebataban los dádivas, se disputaban las limosnas, se quitaban los novicios y se robaban hasta los sermones; predicaban los unos contra los otros, y contaban la crónica escandalosa en plena cátedra (3). ¡Hé ahí lo que llegó a ser la caridad en las dos órdenes que tenían sobre todas las demás la pretensión de realizar el ideal de la perfección evangélica!

VI.—El monaquismo en el siglo XV.

Hemos dicho cuál fué el ideal del monaquismo; hemos visto en la práctica a los que se tenían por elegidos entre los elegidos, y la realidad ha confirmado lo que nos había hecho entrever el ideal, a saber, que la idea de la perfección evangélica es falsa en su esencia. La tentativa del monaquismo de realizar lo que es irrealizable debía fracasar completamente. De aquí la decadencia de las instituciones monásticas en el siglo XV.

¿En qué se convirtió el ideal de San Bernardo, San Anselmo y San Francisco? La realidad respondió al ideal en un solo punto, en el desprecio de la ciencia: "La principal devoción de los monjes, dice Erasmo, es no saber nada, ni leer siquiera", (4). ¿Qué se hizo de la perfección cristiana en el seno de las órdenes monásticas? Responda Gerson por nosotros: "Las religiones facticias de los monjes, lejos de conducir a la perfección, son, con harta frecuencia, un estado de imperfección", (5).

(1) El *Songe du Vergier* dice que los hermanos mendicantes «se entrelayent comme deux truans à ung huys» («se odian como dos pobres a una puerta») (*Traité des libertés de l'Eglise gallicane*, t. II, P. II, p. 131).

(2) MATTH. PARIS, ad a. 1243, p. 611.

(3) Estas acusaciones recíprocas constan en una especie de tratado de paz celebrado en 1255 entre las dos órdenes, y renovado en 1278 (MARTENE, *Thesaurus*, t. IV, p. 1712).

(4) ERASMO, *Elogio de la locura*.

(5) GERSON, *De perfectione cordis* (*Op.*, t. III, p. 430).

¿Qué imperfección es esta de que se queja tan amargamente el gran canciller? Por todas partes se levantan clamores contra los nuevos fariseos, y tan numerosos son los testimonios que hay que escoger entre ellos. Citarémos algunos rasgos del cuadro trazado por un escritor que vió la hipocresía de cerca, pues que fué secretario de muchos pontífices: "Se os llama comediantes, dice *Leonardo Aretino* dirigiéndose á los monjes, y se os hace honor, porque sois peores que los histriones: éstos se ponen una máscara para divertir á los espectadores: vosotros llevais la máscara de la virtud para ruina de los fieles; los actores representan sus farsas en un lugar profano: vosotros manchais el santuario de los templos... Vuestra hipocresía crece en proporcion de vuestra pretension á la perfección; los más hipócritas de entre vosotros son los que se hacen pasar por más perfectos; brillan en el exterior como sepulcros blanqueados; miradlos por dentro, ¡y no hallaréis más que podredumbre!... Ved esos humildes, de mirada apagada, de ojos bajos, á quienes tomaríais por santos; si los ofendeis en lo más mínimo, estallarán su cólera y su furor, y diríais que son Agamenones ó Aquiles, ó no sé qué otros héroes más irascibles y orgullosos todavía," (1).

Despojemos de su careta la hipocresía: ¿qué queda? *Clemangis* lo dice: "Los monjes han prometido renunciar al mundo para no ocuparse sino en la contemplación de las cosas celestiales; han

(1) LEONARD. ARETIN., *adversum hypocritas (Fasciculus rerum expetendarum, t. I, p. 307)*.

prometido ser modelo de castidad, de obediencia, de pobreza. Pero su vida es todo lo contrario de sus votos: lejos de haber renunciado al mundo, se les encuentra en todas partes ménos en sus celdas; se mezclan en todo, salvo en la observancia de su regla; la abdicación de la propiedad se ha convertido en codicia y avaricia; la continencia se ha trocado en disolución. No son ya monjes más que por el hábito," (1). Su vida riñe con el nombre que llevan: "No hay gentes, dice *Erasmus*, que tengan ménos *religion* que los que se llaman *religiosos*; y pues que *monje* significa *solitario*, ¿á quién puede convenir peor ese nombre que á los que se ve por todas las plazas y los caminos?," (2). La vida espiritual no es más que una ficción; en nada difiere de la vida secular; *Gerson* lo dice: "Los clérigos no tienen ya más que un cuidado, el amor del dinero y la ambición de los honores temporales; en lugar de la Regla de San Benito, siguen la máxima de Horacio: *¡la riqueza ante todo, la virtud despues de los escudos!*," (3).

¡Hé ahí adónde conduce el ideal de la perfección cristiana! Los monjes no tienen más que las exterioridades de la vida espiritual; bajo esta apariencia de espiritualidad ocultaban todas las pasiones de los laicos: los espirituales eran seculares con la hipocresía por añadidura. ¿De qué servían, pues, entónces los monjes?

(1) CLEMANGIS, *De ruina Eccles.*, c. XXXII (VON DER HARDT, *Concil. Const.*, t. I, P. III, p. 33).

(2) ERASMO, *Elogio de la locura*.

(3) GERSON, *Op.*, t. II, p. 167, 595.

CAPÍTULO II.

REACCION CONTRA LA CONCEPCION CRISTIANA.

§ I.—Reaccion contra el monaquismo.

N.º 1.—El clero secular y el monaquismo.

Los clérigos seculares y los monjes son unos y otros los elegidos del Señor; pero al calificar de clérigos *regulares* á los monjes, la misma Iglesia reconoce que la vida monástica es el estado normal de los que tienen la elevada ambición de alcanzar la perfección siguiendo los consejos de Jesucristo. Debía preguntarse en la Edad Media, cuando se consideraba que el monaquismo realizaba la perfección cristiana, por qué no eran igualmente perfectos todos los elegidos de Dios. Los clérigos seculares hacían, como los monjes, voto de castidad y de obediencia; ¿por qué no añadían el voto de pobreza? En vano se buscaría la razón de una diferencia que parece casi injuriosa para el clero secular; y así hubo, á partir del siglo IX, tentativas para imponer la vida común á los sacerdotes como á los religiosos, de donde provino la institución de los canónigos.

El biógrafo de *San Chrodegango* nos da á conocer los sentimientos del reformador de los clérigos: "Despreciaba las riquezas, consideraba las cosas terrenales como cieno, y aspiraba, por una pobreza voluntaria, á imitar al Cristo, que se hizo pobre por

nosotros," (1). ¿Pensaba *San Chrodegango* que los clérigos seculares debían practicar, lo mismo que los monjes, el espiritualismo evangélico, pues que su desprecio de las cosas de la tierra es lo que les ha hecho dar el nombre de elegidos de Dios? Lógicamente tenía razón el santo del siglo IX; pero la lógica se estrella contra las exigencias de la vida, cuando el principio de que parte es una violación de las leyes que la rigen. La tentativa de *San Chrodegango* fracasó, y esta experiencia parecía probar que el ideal cristiano, incompatible con la vida, no convenía más que á los que hacían profesión de morir en vida. Pero hay siempre hombres que, convencidos de lo que consideran como verdad, quieren llevarla á sus últimas consecuencias; y tal fué *San Damian*, que no se contentó con volver á la Regla de San Chrodegango, creyéndola demasiado laxa porque permitía á los canónigos recibir una parte de limosnas: "Es, dice, como si se les dejara un alimento de muerte eterna," (2). Preciso es con-

(1) *Vita S. Chrodegangi*, c. XXII (PERTZ, *Monumenta*, tomo X, página 564).

(2) DAMIANI *Epist.* I, 6.